

Date Accepted: August 31 2015

Date Published: August 31 2015

La Pampa y sus hijos: el problema de la extensión en la literatura gauchesca

Axel Pérez Trujillo

University of Alberta, axel1@ualberta.ca

Recommended Citation/Citación recomendada

Pérez Trujillo, Axel (2015) "La Pampa y sus hijos: el problema de la extensión en la literatura gauchesca," *Entrehojas: Revista de Estudios Hispánicos*: Vol. 5 : Iss. 1 , Article 4.

La Pampa y sus hijos: el problema de la extensión en la literatura gauchesca

Abstract/Resumen

Abstract: The problem of extension is a nuclear theme in Argentine *gaucho* literature, and it allows a particular reading of the development of cultural identity of Argentina utilizing as support the impact of the Pampa as an element of nature that resists domestication. To that end, the role of gauchos as prominent figures in literature gains a profound meaning in the crossroads between realism and fantasy, between the threat of the real and the imaginary, that is present in the Argentine Pampa.

Resumen: El problema de la extensión es un tema central en la literatura gauchesca y permite hacer una lectura del desarrollo de la identidad cultural de Argentina empleando como contrapunto el impacto de la Pampa como elemento de la naturaleza que resiste domesticación. A ese efecto, el papel de los gauchos en tanto figuras sobresalientes en la literatura cobra un profundo significado en la encrucijada entre realismo y fantasía, entre la amenaza de lo real y la imaginación, que está presente en la Pampa argentina.

Keywords/Palabras clave

regional, Pampa, gaucho, nature, civilisation

Creative Commons License



This work is licensed under a [Creative Commons Attribution 4.0 License](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

“Pensaba Sarmiento que Dios mismo habría de emocionarse al ver cómo iban trazándose los pueblos, tomando un arco meridiano, de modo que al establecerse otros intermediarios, todos formaban una red armónica y geométrica.”

-Ezequiel Martínez Estrada

De las muchas y variadas formas de acercarse al fenómeno de la identidad nacional en Hispanoamérica, el estudio de su literatura brinda un ángulo tan rico y complejo como cualquier otro. Y ello a pesar de que aquellas producciones culturales que describimos bajo ese rótulo, bajo el nombre de obras literarias, no pueden reducirse a fieles reflejos de la realidad. La literatura siempre acaba creando un lugar propio, un espacio autónomo por el cual se desplazan las interpretaciones de los lectores. Si bien cada autor busca plasmar con éxito sus pretensiones en aquello que escribe, ese texto ya escrito termina por desprenderse, por zafarse del cerco de intenciones de su creador. Esa distancia que se produce entre la literatura y la realidad resulta aún más llamativa en el siglo XIX, pues durante ese periodo histórico muchos escritores hispanoamericanos insistieron en cristalizar la realidad en palabras, configurando la tendencia hacia el realismo. Capturar la realidad fue para esos autores un anhelo ligado a la tentativa de comprender su continente, ya sea para adelantar una reafirmación de lo propio, de lo autóctono, o para poner de manifiesto un problema acuciante. Por medio de la literatura, los escritores en Hispanoamérica trataban de palpar su propia realidad. Se tendían puentes hacia lo real e inmediato para descubrir aquella identidad encubierta durante el colonialismo. La distancia que marca el lenguaje frente a las cosas no fue para ellos un obstáculo, sino más bien una vía de acceso privilegiada hacia su propia tierra. Así, pues, el entramado entre el realismo, la identidad y la literatura es un asunto interesante, aunque bien complejo.

El poema de José Hernández, *El gaucho Martín Fierro* (1872), se inscribe en la estela de ese movimiento hacia el realismo. En la carta a José Zoilo Miguens que precede a la obra, el poeta advierte lo siguiente: su intención había consistido “en retratar, en fin, lo más fielmente que me fuera posible, con todas sus especialidades propias, ese tipo original de nuestras pampas” (Hernández, 106). El uso del lenguaje ya no se ubica en un plano superior, alejado de lo real. Antes bien, las palabras del poeta descubren la realidad en toda su singularidad. La tendencia de su poesía parecería desprenderse del romanticismo, como si volviendo a lo real fuese un fármaco contra los excesos políticos de intelectuales como Domingo Sarmiento. De alguna manera, acceder a la realidad mediante la escritura es una manera de recuperar la voz del otro excluido, a saber, del gaucho. Juan Pablo Dabove insisten en que la figura del gaucho tuvo, desde sus inicios,

todo un halo en torno a una “mitología de exclusión” (56). Frente a la visión de Sarmiento que titubea entre el positivismo y el romanticismo, Hernández busca en lo real un punto de apoyo para reconstruir una supuesta identidad que late en la tierra argentina.

Pero ello no nos debe llevar a exagerar el papel de lo real en la literatura hispana del siglo XIX. La cuestión es mucho más compleja de lo que pueda parecer en un primer instante. Precisamente esa observancia de la realidad descubre un hito muy particular de la tradición literaria hispana que se remonta al *Lazarillo de Tormes* (1554). Efectivamente, el texto se presenta al lector como un poema que pretende ceñirse a lo real, otorgar voz a unos personajes y un contexto que supuestamente se encuentran arraigados al territorio. Sin embargo, al volcarse sobre aquello que denomina real, termina por poner de manifiesto el irremediable carácter apócrifo de toda escritura. Recuérdese el comienzo del célebre *Lazarillo* en el que el narrador parece presentar su relato como si se tratase de una autobiografía. Los hechos contados por dicho narrador serían, pues, verídicos. A medida que se ahonda en su lectura, se pasa de la sospecha a la constatación de su carácter apócrifo. Así, la apariencia de realidad descubre un fondo ficticio que, no obstante, revela verdades tan impactantes como aquellas que asume un análisis empírico. Lo real y lo apócrifo van de la mano en la construcción de la identidad en la tradición literaria hispana. En América Latina, dicha tradición enlaza con la obra de José Fernández de Lizardi, *El Periquillo Sarmiento* (1816). No es precipitado señalar que ese péndulo entre la realidad y lo apócrifo presente en las mencionadas obras termina por desembocar en autores como Alejo Carpentier en la revelación de lo real maravilloso en Haití o José María Arguedas en los altiplanos del Perú. El autor cubano, por ejemplo, insiste en esa sorprendente ligadura al enfatizar que *El reino de este mundo* (1949) “ha sido establecido sobre una documentación extremadamente rigurosa que no solamente respeta la verdad histórica” (Carpentier, 7). Lo real da pié a lo fantástico. Dicho de otro modo, la realidad entaña ficción. Los autores hispanos han visto muy claramente cuán borrosas son las fronteras entre el referente real y la ficción, ambas dimensiones terminan por enredarse.

Y es que el poder del lenguaje para describir la realidad hispanoamericana parece titubear entre lo real y lo apócrifo. Si el canto del gaucho payador Martín Fierro es una voz que brota del manantial de sus propias experiencias vitales, y no del desvarío de un loco en busca de aventuras, su testimonio muestra una realidad que alberga en su seno algo sobrenatural (Borges, 541). Es como si la cruda realidad que describe superase lo imaginario. Es más, la estudiosa Josefina Ludmer señala con bastante agudeza ese frágil equilibrio que pretende establecer Hernández entre la realidad de la voz del otro y la escritura, un eslabón que se construye por medio de la ficción (56). Ese impulso realista parece no poder desprenderse del todo del romanticismo, aún menos del papel de lo apócrifo en la

literatura hispana. Aunque el tono del poema es amargo, algo hay en él que capturó la imaginación de escritores como Jorge Luis Borges o Ricardo Güiraldes. Pero hay otro ejemplo sobre la ambigua encrucijada entre el realismo y lo imaginario en la literatura hispanoamericana del siglo XIX. El *Facundo* de Domingo Faustino Sarmiento también evoca la realidad de las tierras argentinas. Su obra pretende describir con rigor los hechos de la pampa que han forjado a la cultura gaucha, a pesar de que el propio autor no hubiese experimentado aquellos lugares de los que parecía describir con tanto detenimiento. Tal vez, en su intento por ligar al pueblo argentino con su entorno, Sarmiento acabó por inventarse la pampa a su manera. De todo lo dicho se puede apreciar esa relación tan sutil entre lo real y lo imaginario que provoca la literatura hispanoamericana. La identidad de todo un continente parece jugarse en ese mismo filo. Buscando su propia realidad, termina por dar cuenta de elementos maravillosos que la atraviesan. Poco a poco, la literatura irá dando cuenta de esa extraña mezcla, hasta elevarla a género literario en el siglo XX. Así, esas características que apenas se vislumbran en el realismo abanderado por autores como Hernández influye en la forja de la identidad hispanoamericana.

Ahora bien, sería un grave error tratar de explicar la consolidación de una sola identidad para toda Hispanoamérica. La pluralidad y riqueza tanto de la literatura, como de la realidad social que albergan todas las naciones a lo largo y ancho de los continentes americanos, condena esa pretensión a un fracaso seguro. Por ello, mejor será ceñir el estudio a un solo país, cuya literatura sirva para trazar la trayectoria que se ha ido mencionando. Ya se han nombrado varios autores que se sitúan dentro de una misma tradición nacional: Sarmiento, Hernández y Güiraldes. Estos tres escritores no solamente pertenecen a una misma nación, a saber, la República Argentina, sino también a un tipo de literatura que echó raíz desde comienzos del siglo XIX. Los tres han aportado obras que se consideran hitos en lo que se ha denominado la literatura gauchesca. De hecho, a la muerte de Güiraldes, apareció un artículo en el periódico argentino *La Nación* que decía lo siguiente sobre su último libro, *Don segundo sombra*: “realiza la tercera jornada épica de la literatura nacional, cumplidas las otras dos por *Facundo* y por *Martín Fierro*” (Güiraldes, 21). Esto es, las tres obras son puntos de inflexión en la tradición de literatura gauchesca, la cual se halla íntimamente ligada a la identidad nacional argentina. De ahí que no sea precipitado insistir en que su análisis pudiese arrojar luz sobre la evolución de la identidad argentina. En tanto que cada una de las obras pertenece a un contexto y tiempo diferente, aun preservando una continuidad notable, podría explicarse el camino tomado en la forja de la identidad de la República Argentina, al menos desde el ángulo que proporciona la literatura gauchesca. De cara a tener presente la línea cronológica que se respetará a lo largo del trabajo, será menester poner sobre la mesa las fechas de publicación de cada uno de los textos que se estudiarán. El primero en publicarse fue *Facundo*

(1839-1852). La composición del ensayo de Sarmiento responde a la periodicidad en la que aparecían partes del texto en *El nacional*, a lo largo de una década. Baste adelantar aquí que la obra surge en un contexto muy tenso en el que se está consolidando la unidad nacional de la República Argentina. El segundo texto en publicarse fue *El gaucho Martín Fierro* (1872), a la vuelta del exilio de Hernández. Curiosamente, su poema será, entre otras cosas, una fuerte denuncia del gobierno de Sarmiento ante la situación precaria de los gauchos. Y el último texto de los tres fue *Don segundo sombra* (1926), ya bien entrado el siglo XX. Güiraldes escribe en un momento en el que los jóvenes escritores se interesan cada vez más por el folclore gauchesco. Así, pues, tres obras escritas en tres momentos históricos bien distintos que, sin embargo, comparten un personaje que resultará fundamental para entender la literatura nacional: el gaucho. Pero para captar el alcance de ese personaje dentro de esa tradición literaria hace falta partir de aquello que constituye el núcleo de debate en las tres obras.

No hay mejor lugar desde donde arrancar el estudio de la literatura gauchesca y su vínculo con la identidad nacional de Argentina que la siguiente frase de Sarmiento: “El mal que aqueja a la República Argentina es la extensión: el desierto la rodea por todas partes y se le insinúa en las entrañas” (56). Esta frase refleja un tópico muy característico del continente americano —sin ser exclusivo— y, además, tiene especial relevancia en la literatura gauchesca. El hecho de que en las entrañas de un país en vías de unificación se encuentre el problema de su extensión, léase, de las dificultades que genera el entorno físico en el que se ubican los habitantes, es muy significativo. Ya el estudioso Ángel Rama insistió sobre el papel del impulso urbanizador en Latinoamérica, especialmente en el carácter expansivo “de las ciudades como focos civilizadores” (16). La mirada está puesta en aquello que les rodea a los argentinos, en aquella tierra en la que se hallan irremediamente insertos. La preocupación se torna sobre lo propio de la República Argentina. Ciertamente es que Sarmiento lanza esa mirada de manera crítica, poniendo el acento en el carácter negativo de lo propiamente argentino. Pero eso no impide que el texto ahonde sobre aquellos rasgos autóctonos para realizar una valoración que merecerá la atención y revisión por diversos poetas y escritores a lo largo del siglo. Veamos qué significa dicho problema.

Sarmiento explica que, en efecto, el problema de la República Argentina es su extensión. Es decir, el recién nacido país se encuentra ante un dilema que debe resolver. Hay un mal que la nación parece arrastrar y que afecta a su desarrollo. Ese mal es precisamente el tamaño y distribución geográfica del territorio. El entorno físico de Argentina tiene unas dimensiones desproporcionadas, su inmensidad irrumpe en los hombres y mujeres que en ella habitan. Y es que en esa extensión, cuyo tamaño se vuelve hostil para los habitantes, predomina la soledad y el desamparo. Desamparo ante una naturaleza que apenas proporciona sustento

alguno. Hay demasiado territorio inhóspito, demasiada poca gente para tanta naturaleza. Harto difícil es establecer centros urbanos donde concentrar a la gente. Buenos Aires es de las pocas ciudades que lo hayan conseguido. Así, el horizonte infinito de la pampa deja huérfanos a los hombres que se ven forzados a desplazarse por sus llanuras. No hay donde cobijarse. El “hijo de la pampa” vive a la intemperie, desnudo ante la naturaleza que le rodea. De esa estirpe que descende de la pampa argentina, el gaucho es su más claro representante. Su carácter se encuentra ligado a la tierra que le parió, pero que no se molestó en amamantarle. Del vientre materno de la pampa, el gaucho salió a la luz de un mundo hostil ante el que hubo de sobrevivir a base de un estoicismo moral que no casa bien con la moral proveniente de Europa. Así, el problema de la extensión se refiere a dos elementos. Resolverlo requiere una doble domesticación: tanto de la naturaleza, como de sus hijos. Esto es, la pampa y sus gauchos son el núcleo de lo que afecta a la nación argentina.

O al menos así describe lo autóctono Sarmiento, aunque él no ha sido el único. Numerosos escritores y poetas han buscado las justas palabras para capturar la esencia de ese problema, retratando la vida y obra de los gauchos. De ahí que escasa comprensión se obtendrá del alcance de semejante personaje dentro de la literatura argentina sin prestar atención a la frase de Sarmiento. El gaucho no es tal sin la pampa argentina. Si sacamos a ese rudo e impetuoso hombre fuera de las planicies en las que vive como nómada, pierden sentido sus aventuras y desgracias en la evolución de la identidad argentina. Ciertamente comparte semejanzas con otros personajes literarios e históricos en los continentes americanos, como, por ejemplo, aquellos que pueblan los violentos relatos del oeste de Cormac McCarthy, pero descontextualizar al gaucho de su tierra es perder de vista el papel que ha jugado en la República Argentina. En definitiva, el gaucho no puede ser más que un hijo de la pampa. La fisonomía del territorio determina a la cultura que de él emerge, a los hombres que pueblan sus espacios. Aquí es interesante hacer notar la influencia del famoso geógrafo alemán, Alexander von Humboldt, en el pensamiento de Sarmiento. Aarí Madan señala no solamente la importancia de semejante vínculo en la imaginación del territorio en Sarmiento, sino también el papel que tiene la geografía en la resolución de los problemas de Argentina (260). El territorio tiene, pues, una importancia clave en la obra. No es solamente un paisaje que sirve de trasfondo al drama argentino. Es el origen del mal de Argentina, pero también su posible solución.

Uno de los hilos conductores de *Facundo* es precisamente la tensión entre civilización y barbarie. Por muy engañosa que resulte esa supuesta bipolaridad que sufre Argentina, la verdad es que tuvo su impacto en el imaginario colectivo. De hecho, la tradición literaria volcada sobre la figura del gaucho arranca de ese mismo debate, inclinándose hacia la búsqueda de una cultura autóctona frente a los modelos civilizatorios que provenían de Europa. A través de esa tradición,

aquellos hombres reales que vivían de la ganadería en el campo argentino se convirtieron en un mito nacional que ha sobrevivido a la realidad. A pesar de que la presencia de los gauchos fue disminuyendo cada vez más, muchos autores siguieron escribiendo sobre los hijos de la pampa. Ya poco importaba la presencia real de esa cultura del campo, de esos personajes defensores de una moral estoica ante la hostilidad de la naturaleza. El gaucho se había convertido en mito, sobreviviendo en la imaginación de los lectores como símbolo de la República Argentina. Es por ello que la frase citada de Sarmiento tiene una especial relevancia, pues destaca la situación de la cultura del gaucho como tema central de reflexión en la literatura de Argentina. Para bien o mal, su obra proporciona una interpretación de la realidad argentina que inicia a sus compatriotas en un debate sobre lo autóctono. Es más, ese debate que inicia Sarmiento en torno al problema de la extensión y, por ende, del gaucho ya revela cómo detrás de sus pretendidas descripciones realistas del territorio argentino se hallan apreciaciones de lo maravilloso que late en el corazón de la pampa. Y es que sus descripciones de la pampa argentina se juegan entre lo inhóspito de dicha realidad y las maravillas poéticas que se esconden en ella (Sarmiento, 78). Lo real y autóctono termina por mezclarse con lo inesperado y asombroso en esta literatura.

Sea cual fuere la intención de Sarmiento, lo cierto es que su ensayo es difícil de clasificar. El lector no sabe si está leyendo una biografía o una novela, si se trata de un texto de carácter ensayístico, o más bien de una seca descripción histórica. Lo interesante de ese carácter a veces tan ambiguo del texto no es el dilema de especificar a qué género pertenece, sino la perversa mezcla entre lo que habría de juzgarse por su veracidad y lo que habría de juzgarse por su valor estético. Esto es, Sarmiento presenta una obra que transita desde lo histórico y real hacia lo imaginario y novelesco, sin que ello parezca afectar al hilo narrativo. El lector duda de si realmente está leyendo sobre el Facundo histórico o un Facundo inventado. Qué duda cabe que lo importante es aceptar esa dualidad en su obra como una característica de su intento por capturar la identidad nacional de la República Argentina. Josefina Ludmer enfatiza esa tensión dialéctica al señalar cómo la barbarie también incorpora en su seno la civilización (17). A su vez, Carlos Alonso también explica cómo la supuesta dicotomía es harto engañosa, especialmente en lo que respecta a la cópula que vincula de manera irremediable a ambos polos (1989, 257).

Si bien la obra de Sarmiento es un juego constante entre dos polos que a veces se invierten en los lugares y personas más insospechados, lo cierto es que hay otro asunto que predomina de manera llamativa: el predominio de un tipo de gaucho a lo largo de toda la obra, a saber, el gaucho malo. Pues bien, ¿quién es este gaucho malo? Sería un hombre malogrado por el desamparo y hostilidad que presenta su entorno. El constante forcejeo con los elementos de la naturaleza terminan por generar un carácter “divorciado con la sociedad, proscripto por las

leyes” (Sarmiento, 86). Se trata de un ser humano completamente ajeno al impulso civilizatorio. Antes bien vive para sí, aislado en la pampa argentina. Es el hijo predilecto del problema de la República. Es lo que sucede a los hombres y mujeres que se ven forzados a llevar una vida nómada y precaria en tierras hostiles.

El momento más nítido de esta visión de la existencia del gaucho se encuentra en el primer episodio que Sarmiento relata sobre la vida de Facundo. Tras haber salido airoso de una pelea de cuchillos en San Luis, Facundo atraviesa el desierto de camino a San Juan. Obligado a hacer dicha travesía de manera precipitada a pie, lo cual es siempre un grave percance para todo gaucho, ya que ir a caballo forma parte de su esencia, Facundo pronto se da cuenta de que es perseguido por un tigre de la pampa. Una vez más, la naturaleza le muestra literalmente sus dientes al gaucho. Sin lugar dónde esconderse, no tiene más remedio que huir rápidamente y subirse a un débil árbol que encuentra en medio del desierto. Ya agarrado a una de las ramas de la copa del árbol, Facundo solamente puede esperar a que el tigre se canse de rodearlo o a que lleguen sus compañeros. Pasa una noche terrible a escasos metros del feroz tigre que no cesa de bramar ante la cercanía de su presa. La naturaleza no da tregua, no se cansa de acechar al hijo de la pampa. A la mañana siguiente, Facundo termina salvando la vida, gracias a sus compañeros.

Aquí es interesante hacer notar cómo las circunstancias del gaucho le sumen en una precariedad existencial. La pampa es ante todo hostilidad y desamparo. El hombre no tiene dominio alguno sobre ella. Ante la voracidad del tigre, Facundo solamente puede subirse a un pequeño árbol y esperar su suerte. La naturaleza —fruto de su propia extensión, al menos en Argentina— se convierte en un problema mortal. Se trata de un entorno indomable. Ante tales circunstancias, los descendientes de la pampa desarrollan un comportamiento que asume como clave de la supervivencia el estoicismo moral. Mejor no esperar milagros de la naturaleza, sino buscar los medios para sortear las dificultades con las propias manos. El gaucho se las arregla a solas, cosa que no casa muy bien con el modelo de sociedad que se pretende trasplantar desde Europa a la República Argentina. En pocas palabras, su moral estoica y violenta es un obstáculo al impulso civilizatorio. Y esa traba que supone el gaucho remite, a su vez, a la difícil modernización del país. De ahí que la solución a dicho problema pase por suprimir la influencia de los hijos de la pampa y domesticar a la naturaleza hostil de la que nacieron. Para Sarmiento, la extensión y el gaucho son un mismo problema. Para él, todo gaucho es, ante todo, un gaucho malo.

Frente a esta visión negativa de la figura del gaucho y de su entorno natural, alzaré la voz el poeta José Hernández. Tras un breve escarceo juvenil con el gobierno secesionista de Buenos Aires, nuestro poeta volverá su crítica contra el régimen de Sarmiento, fundando un periódico muy polémico, *El Río de la Plata*

(Hernández, 16). En 1870 se une al movimiento que intenta derrocar a Sarmiento y fracasa, forzándole a asumir un exilio temporal en el Brasil. Más interesante aún resulta señalar el hecho de que desde la caída Juan Manuel de Rosas unas décadas antes, el desarrollo técnico del ferrocarril y del telégrafo ha supuesto un duro golpe a la ruda pampa argentina y a su cultura. El progreso civilizatorio parece estar a punto de suplantar a la cultura ganadera del país. Además, las Campañas del desierto y la política de inmigración impuestas al territorio argentino están causando verdaderos estragos en la población. No sólo se quiere acabar con los indígenas, sino también con los gauchos. Todo ello para establecer una sociedad proveniente de Europa que asiente el modelo civilizatorio del otro lado del Atlántico. Sarmiento está, en efecto, atestando el primer estacazo al problema de la extensión de la nación argentina, tal y como había adelantado en su *Facundo*. A nadie le debió sorprender la siguiente frase escrita por él durante esa época: “No trate de economizar sangre de gauchos. Este es un abono que es preciso hacer útil al país. La sangre es lo único que tienen de seres humanos” (Hernández, 20). Los gauchos se han convertido en los grandes desheredados de Argentina, no valen más que para acabar con los indios autóctonos.

Consciente de esta situación tan adversa para la cultura campestre de su país natal, Hernández escribe un poema que denuncia las injusticias que sufren los gauchos. El canto de Martín Fierro arranca del problema de la extensión que planteaba Sarmiento, para darle la vuelta y mostrar el revés de esa misma cuestión. Si Sarmiento insistió en recalcar el lado negativo de la vida gaucha, Hernández declarará que el predominio del gaucho malo o gaucho matrero no es el producto de una naturaleza hostil, sino de un gobierno que comete crímenes de lesa humanidad contra esos hijos de la pampa. Esto es, el problema de la extensión revela otra cara al poeta: el modo cómo las instituciones han asumido los caracteres físicos del territorio y la cultura que de ello se deriva. La barbarie se acentúa sólo cuando la civilización se vuelca en ahogarla. De ahí brota el llanto amargo de Martín Fierro.

La clave del poema se halla en el giro que se produce a partir del verso 1315. Antes de ese pasaje, el protagonista cuenta las desgracias que le han ocurrido. Cuenta cómo tuvo una familia y una estancia, hasta que llegaron representantes del gobierno para reclutarle en las Campañas del desierto. Desde el momento en que se topa con diversos funcionarios del estado, su vida pasa a ser una secuencia de desgracias que parecen no tener fin. A pesar de todo, Martín Fierro asegura que “nunca peleo ni mato sino por necesidad” (Hernández, 114). No es un gaucho malo, sino un simple gaucho baquiano tratando de ganarse la vida lo mejor que puede. Contra la visión de Sarmiento, Hernández ofrece el canto de un gaucho que se muestra en todo momento como una víctima del ímpetu civilizatorio que abandera el gobierno argentino. La justicia que ese gobierno

imparte es profundamente parcial, ya que alberga prejuicios hacia la vida campestre. A los gauchos solamente les queda aguantar, o tal vez no.

El lector que llega al verso indicado más arriba se percata de un giro emocional que se produce en Martín Fierro. El gaucho estoico que no desespera ante las injusticias que sufre una y otra vez, es movido a poner el grito en el cielo: “Si uno aguanta, es gaucho bruto; si no aguanta, es gaucho malo” (Hernández, 159). Esto es, los gauchos no salen malogrados de la naturaleza hostil, no nacen gauchos malos. Este último no nace así, sino que se hace. Y ello gracias a las constantes vejaciones que sufre a manos del gobierno. Por eso Martín Fierro termina el verso diciendo que “yo abriré con mi cuchillo el camino pa seguir” (Hernández, 159). Al no poder aguantar más la presión que el estado ejerce de manera implacable, se convierte en un asesino, en un verdadero gaucho matrero que busca la venganza a toda costa.

El problema sigue siendo el mismo: la extensión de Argentina produce una situación difícil entre lo campestre y lo urbano. Pero ahora el verdugo y su víctima han cambiado de papeles. Ya no es el cuchillo del gaucho el que se clava en el corazón de Buenos Aires por medio de Facundo, sino el puñal de la civilización el que se hunde en los desamparados gauchos del campo. Tanto Sarmiento como Hernández muestran la cara y la cruz de un mismo problema irresuelto. La identidad de la República Argentina parece jugarse en esa misma línea. Será con la novela de Güiraldes cuando se produzca un nuevo giro en la comprensión de las circunstancias nacionales que mencionaba la profética frase de Sarmiento.

Don Segundo Sombra es la novela que más tiempo le llevó completar a Güiraldes, asunto que no deja de tener su interés, ya que la obra expresa esa dualidad que arrastró el autor entre la vida parisiense y la otra vida que vivió en la estancia “La Porteña” de San Antonio de Areco. Experimentó ese mismo binomio que atraviesa al *Facundo*, el tira y afloja entre lo autóctono y lo europeo. Pero el resultado de ese vaivén fue muy diferente. En Güiraldes hay un anhelo de hallar lo autóctono que todo argentino lleva dentro. Es muy curioso recordar que Sarmiento ya hizo notar ese mismo rasgo en su obra: “Porque el espíritu de la pampa está allí en todos los corazones; pues si soleventáis un poco las solapas del frac con que el argentino se disfraza, hallaréis siempre el gaucho más o menos civilizado, pero siempre el gaucho” (246). Poco queda de la vida gaucha en la Argentina de comienzos del siglo XX, esos personajes tan singulares de la pampa han cambiado mucho y apenas tienen un impacto en la nación. Sus hazañas, sin embargo, sobreviven en la literatura argentina. Son leídas por los jóvenes escritores e interiorizadas en sus relatos. Jóvenes como Güiraldes o Borges ven en la figura del gaucho un personaje clave para comprender la identidad cultural de su país. Así nacen periódicos como *Proa* cuyo fin es adentrarse en lo propio de la cultura argentina. La pampa vuelve a convertirse en un horizonte literario donde

lo real se mezcla con lo maravilloso. Y es en este momento cuando la extensión de la República Argentina deja de ser un problema, para transformarse en un origen mítico hacia el cual todo argentino debe volver, aunque sea de manera transitoria. Así, los hijos de la pampa son restituidos al imaginario colectivo y nacional (Alonso 1990, 87). *Don Segundo Sombra* es la expresión de esa vivencia, sin duda alguna.

La estructura de la novela juega con el recuerdo como vehículo para llegar a ese origen mítico que todo argentino lleva dentro. Para empezar, la narración cuenta el camino que el joven protagonista, llamado Fabio, emprende desde su pueblo hasta el campo, donde el gaucho Segundo Sombra le apadrina en sus aventuras por la pampa como resero. A lo largo de ese camino, el protagonista pasará de ser un “guacho” a convertirse él mismo en un gaucho. Ya desde el primer momento en que Fabio ve a su futuro padrino, se da cuenta de algo que ha albergado en su interior desde siempre:

Inmóvil, miré alejarse, extrañamente agrandada contra el horizonte luminoso, aquella silueta de caballo y jinete. Me pareció haber visto un fantasma, una sombra, algo que pasa y es más una idea que un ser; algo que me atraía con la fuerza de un remanso, cuya hondura sorbe la corriente del río (Güiraldes, 79).

La silueta de Segundo Sombra sirve como fuerza de atracción hacia ese mundo campestre que ha quedado en el olvido. Es más, se utilizan dos recursos literarios muy interesantes en el pasaje. Por un lado, el hecho de que el gaucho se le aparezca a Fabio como una “sombra” o un “fantasma” hace referencia a esa idea de lo autóctono que todos llevan dentro, pero que apenas pueden expresar. Don Segundo Sombra no es un gaucho cualquiera, es la sombra de la vida en el campo que permanece, aun cuando esa vida ha desaparecido materialmente. El folclore gauchesco recorre a la República Argentina como un fantasma, una sombra lanzada sobre el territorio por una cultura que se halla en su crepúsculo. Aunque no se vean gauchos, su sombra sigue ahí, atrayendo a aquellos que no han perdido el contacto con eso que han heredado de la pampa. Por otro lado, el uso de la imagen de “la corriente del río” servirá a lo largo de la narración como figura para evocar los recuerdos de Fabio en determinados momentos. El relato es impulsado por esos recuerdos que marcan distintos episodios en la vida del joven protagonista. A través de los recuerdos, el protagonista saca a la luz el gaucho que lleva dentro. El relato entero casi parece ser un ejercicio de anamnesis, un recordar lo que ha permanecido nublado por los humos de un pasado lejano y olvidado. Así, *Don Segundo Sombra* es una novela estructurada hacia esa búsqueda de los orígenes míticos del gaucho, un camino que se traza por medio de una serie de rememoraciones claves en el relato.

Lo que antes era un problema, ahora se convierte en un origen mítico. Y lo que es más llamativo aún, ha desaparecido el predominio del gaucho malo, para dar lugar al gaucho baquiano. Segundo Sombra representa a ese último tipo de gaucho, diestro y experimentado en la vida al aire libre, sin por ello tener inclinación alguna por la pelea a cuchillo. Hay una gran diferencia entre él y sus antecesores, Facundo Quiroga y Martín Fierro. Lejos quedan esos enfrentamientos sanguinarios entre gauchos matreros, dando lugar a una relación paternal entre Segundo Sombra y Fabio. La vida estoica del gaucho pierde su tono amargo y adquiere una sensación de aventura maravillosa. Es como si las dificultades de la vida del campo fuesen descritas desde la nostalgia de quien desea retornar a esa existencia tan libre y llena de asombrosos sucesos. Aquella naturaleza hostil que llenaba las páginas de Facundo es ahora vista como un espacio preñado de folclore y desafíos. Realidad y fantasía vuelven a encontrarse, esta vez de la mano de un gaucho que inicia a los jóvenes en las maravillas que esconde la pampa.

Y así llegamos al final del recorrido. La frase de Sarmiento ha dado mucho de sí, ofreciendo un camino por el cual transitar en la tradición cultural argentina y estudiar los giros que se han ido produciendo en el proceso. La extensión de la República Argentina ha sido, y continúa siendo, un motivo literario y cultural muy fuerte. La pampa y sus descendientes no dejan de prender la imaginación de los escritores argentinos. Es por ello que no puede dudarse del papel que juega esa planicie, con ese horizonte rectilíneo e inabarcable, en el imaginario colectivo. La literatura gauchesca es la expresión del asombro que ha producido la extensión del territorio y los personajes que pueblan sus parajes en las generaciones de escritores y lectores argentinos, construyendo una identidad cultural arraigada en esa mezcla tan fecunda entre la realidad de la pampa y lo que la imaginación añade a ese paisaje.

Obras Citadas

Alonso, Carlos J.. *The Spanish American Regional Novel*. Cambridge: Cambridge University Press, 1990.

—. "Civilización y barbarie." *Hispania* 2, Vol. 72 (mayo, 1989): 256-263.

Borges, José Luis. *Obras completas*. Buenos Aires: Emecé Editores, 1997.

Carpentier, Alejo. *El reino de este mundo*. New York: Harper Collins, 2009.

- Dabove, Juan Pablo. *Nightmares of the Lettered City*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2007.
- Güiraldes, Ricardo. *Don Segundo Sombra*. Madrid: Cátedra, 2007.
- Hernández, José. *Martín Fierro*. Madrid: Cátedra, 2010.
- Hiller, Anna. "National Narrative as Wilderness: An Ecocritical Interpretation of *Civilización y barbarie* in Modern Argentine Literature." *Words For a Small Planet*. Ed. Nanette Norris. Plymouth: Lexington Books, 2013. 151-165.
- Ludmer, Josefina. *The Gaucho Genre*. Durham: Duke University Press, 2002.
- Madan, Aarti. "Sarmiento the Geographer: Unearthing the Literary in *Facundo*." *MLN* 2, Vol. 126 (marzo 2011): 259-288.
- Martínez Estrada, Ezequiel. *Radiografía de la pampa*. Madrid: Archivos-CSIC, 1991.
- Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte, 1984.
- Sarmiento, Domingo Faustino. *Facundo*. Madrid: Cátedra, 2008. 17